

## **Albacete, Salvador de, 1822-1890**

**Discurso pronunciado por el señor Don Salvador de Albacete, ex-ministro de Ultramar del gabinete del Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos, en las sesiones del Congreso de los días 13 y 14 de Febrero, sobre las reformas de Cuba**

[S.l.] : [s.n.], [1880] (Imprenta de Manuel Pérez Montoya y Compañía)

Signatura: FEV-AV-CAJAS-02862

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*









# DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

## DISCURSO

PRONUNCIADO

### POR EL SEÑOR DON SALVADOR DE ALBACETE,

EX-MINISTRO DE ULTRAMAR DEL GABINETE DEL EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTINEZ CAMPOS,

en las sesiones del Congreso de los días 13 y 14 de Febrero, sobre las

### REFORMAS DE CUBA.

#### Sesion del Viernes 13.

El Sr. **ALBACETE**: Señores Diputados, en todas las ocasiones y circunstancias en que he tenido la honra de dirigir mi palabra al Congreso, me he hallado con gran necesidad de vuestra benevolencia; pero en la ocasion presente esta necesidad crece de punto, porque mi salud, por desdicha mia, no me consiente hablar con aquella libertad de espíritu y con aquella preparacion y estudio con que por respeto á vosotros se os debe dirigir siempre la palabra. No he podido asistir á este debate, no he podido seguir su curso, no he podido oír las defensas é inculpaciones que se han hecho al Gobierno de que tuve la honra de formar parte, y solo de una manera rápida, deficiente, por el estado de mi salud, he podido hacerme cargo del giro que habia seguido la discusion con motivo de la interpelacion del dignísimo Diputado por Cuba señor Portuondo. Con estas malas condiciones, he acudido tan pronto como me ha sido posible, para responder á las reiteradas alusiones de que he sido objeto, á las manifestaciones repetidas que se han hecho para que explicara cuanto ha tenido relacion con las llamadas reformas económicas de la isla de Cuba. Empeñábanme á concurrir á este llamamiento las pocas palabras que dirigí al Congreso en una ocasion solemne para explicar la omision de un voto que tres individuos del Gobierno presidido por el general Martinez Campos dejábamos de prestar en aquellos momentos. Entonces dije que cuando se me pidieran explicaciones de las causas originarias del cambio de Gabinete, mejor dicho, de la salida de los Ministros que dejábamos de pertenecer al Gobierno por virtud de la crisis á que habian dado lugar las divergencias suscitadas por la discusion de esas llamadas reformas, yo me apresuraria á dar estas explicaciones.

Voy, pues, á exponer los hechos tal como han pasado, ocupándome de sus antecedentes tambien, como circunstancias esenciales para su mejor explicacion; y voy ante todo á hacer una declaracion que interesa sobremedida para la mejor inteligencia de todo cuanto ocurre en materia de reformas económicas de las pro-

vincias de Ultramar. Esta declaracion me es absolutamente personal.

La mayor parte de los individuos del Congreso, á quienes tengo la honra de dirigir la palabra, conocen desde hace algunos años cuáles son mis opiniones respecto á las reformas económicas de Ultramar. Yo he sostenido en este recinto, y en las Comisiones, los principios de una asimilacion lo más extremada que fuera posible en las relaciones comerciales de aquellas provincias con las del continente; yo he defendido constantemente esta tesis. Teniendo la honra de ser interpelado por un Sr. Diputado de la oposicion que deseaba saber si yo continuaba sosteniendo las mismas ideas, las mismas opiniones que aquí habia defendido como Diputado por la isla de Puerto-Rico, le contesté de una manera categórica que sí: luego ya no ignoraba el Congreso, ni podian ignorar la mayoría, ni las minorías, ni nadie, que el Ministro de Ultramar pensaba, como Ministro de Ultramar, realizar en la esfera de lo posible, dentro de los medios que estuvieran á su alcance, como individuo del Gobierno, exactamente lo mismo, idénticamente lo propio que habia sostenido como Diputado por Puerto-Rico. ¿Cabia, pues, esperar del Ministro de Ultramar del Gabinete del dignísimo señor general Martinez de Campos, que hubiera podido defender otra tesis en el seno del Gabinete, que la misma que ha defendido y que no logró que prevaleciera? Pues eso, quien tal pensara me haria el mayor de todos los agravios, porque me acusaria de una gran inconsecuencia, para lo cual no he dado ni daré nunca motivo. Pero los deberes que impone el cargo ministerial son harto más graves, harto más severos, harto más imperiosos que los que tiene un Diputado que defiende aquí sus opiniones, que defiende aquí sus teorías de una manera más ó menos absoluta, y que no afectan ni pueden afectar á gravísimos intereses, como las resoluciones que se inician y se plantean y se toman en la esfera del gobierno. Pues yo que participaba de estas ideas, yo que sostenia estos principios, yo que no abrigaba ni abrigo nunca el propósito de abandonarlos, queria fortalecerme con la opinion del mayor número de personas que me aconsejaran, para poder presentarme ante mis compañeros y decir-



les en su día: «Esta es la opinion de todos esos señores y además la mia. ¿La aceptais? Intentaremos realizar tales propósitos. ¿La rechazais? Yo no puedo continuar en el Gobierno; seré, como he sido hasta ahora, un individuo que formaré parte de la mayoría, que formaré parte de la agrupacion política en la que he estado afiliado desde que tomé asiento en el Congreso; pero en las cuestiones de Ultramar, en las cuestiones que se refieren á las reformas económicas de Ultramar, en eso seré lo que he sido siempre, lo que era cuando me sentaba en estos bancos como Diputado.» Continuando en este mismo orden de ideas, yo añadía: «En la cuestion de las reformas económicas seré derrotado, seré vencido; pero yo me quedaré satisfecho con mi propia conciencia y con el cumplimiento de mi deber.»

En el Gabinete del señor general Martínez Campos, por extraña coincidencia, nos encontrábamos el Presidente del Ministerio y yo, que no nos habíamos puesto antes de acuerdo ciertamente, entre otras cosas porque yo no tenia el honor de haber visto en mi vida al señor general Martínez Campos; digo mal, le vi cuando entró en Madrid al frente del ejército despues de la pacificación de la Península, pero no habia cruzado mi palabra con la suya, y desconocia por completo cuáles eran sus ideas en el particular de que me estoy ocupando.

El general Martínez Campos, al llamarme para ofrecermela cartera de Ultramar, á las observaciones que yo le hice sobre cuáles eran mis opiniones ya conocidas en el asunto, me pidió que me impusiese de lo que habia manifestado al Gobierno como gobernador general de la isla de Cuba, respecto de la cuestion de las reformas económicas. El general Martínez Campos, como gobernador general, habia expuesto al Gobierno en una elegante y muy razonada comunicacion, cuáles eran las condiciones en que se hallaba la isla de Cuba para poder soportar los impuestos del presupuesto que él mismo habia planteado, y con una noble franqueza que le honra, y con una dignidad que no necesita mi aplauso porque ella por sí se recomienda, manifestó que en el estado en que se encontraba la riqueza de la isla de Cuba, era de todo punto imposible que las fincas azucareras pagasen la contribucion que se habia consignado en aquel proyecto de presupuesto. Y decia más: decia que si en eso estaba equivocado, que fuera el Ministro de Ultramar, como jefe ó con cualquier otro carácter que se quisiera darle, á plantear los presupuestos y las reformas, y que él le secundaria como jefe militar. Tal era la abnegacion del digno señor general Martínez Campos, y tal era la profunda conviccion con que sostenia la imposibilidad de la tributacion que se queria que continuase en la isla de Cuba. Estolo decia el digno general Martínez Campos despues de haber afrontado con una entereza extraordinaria (y aquí habrá muchos que podrán dar testimonio de la exactitud de mis palabras) la peticion que se hizo de que se suprimieran los derechos de exportacion ó que se rebajaran, fundándose todos los hacendados de la isla de Cuba en que era imposible con tal gravámen, dados los precios del fruto en el mercado de los Estados-Unidos ó en cualquiera otro mercado, que se pudiera conseguir el que se verificase una venta útil, habiendo que pagar (y eso que en este sitio se ha llegado á decir que no se paga nada en la isla de Cuba), habiendo que pagar, digo, el 27 por 100, segun el tipo del presupuesto planteado. Ahí están los antecedentes, antecedentes que son públicos.

Habia además una razon decisiva que amparaba grandemente la línea de conducta seguida por el dignísimo general Martínez Campos. Existia y existe un contrato con el Banco Hispano-Colonial, á quien se le han entregado los productos de la renta de aduanas, y no se podia hacer reforma alguna en los derechos arancelarios sin su consentimiento. De tal manera era vehementísima y apremiante la necesidad de acudir al alivio de las cargas públicas de la isla de Cuba despues de los desastres de la guerra, que hasta se llegó á debatir si el aumento en los derechos de exportacion debia considerarse comprendido ó no comprendido en el respeto á la integridad de los aranceles por parte de los que habian hecho el convenio.

Resuelta la cuestion en el sentido lato, definiendo que el verdadero y legal sentido del pacto celebrado era que todos, absolutamente todos los tributos, todos los ingresos que se obtenian por las aduanas estaban incluidos en el derecho de ese Banco Hispano-Colonial, la razon del gobernador general de Cuba era incontestable; no se podian suprimir los derechos de exportacion. Se hizo una sola novedad: se rebajó el 10 por 100 á los derechos de exportacion, pero con una condicion muy onerosa para el Estado. Ese 10 por 100 que se rebajaba en los derechos de exportacion, lo computaba el Banco Hispano-Colonial como ingreso efectivo para todos sus cálculos y para obtener la debida compensacion en el caso de que disminuyeran los ingresos, con lo cual, al clarísimo entendimiento del general Martínez Campos no se le podia ocultar que una reforma en los derechos arancelarios de exportacion, aun consentida por el Banco Hispano-Colonial, representaba para el Estado un gravámen efectivo sobre la pérdida de ingresos, que era lo que habia de venir al Banco. (*Un Sr. Diputado*: No es exacto.) Quien diga que es mentira que presente la prueba: yo, á toda afirmacion que se me haga, pido la prueba.

Con estos antecedentes tenia la honra de formar parte del Ministerio del general Martínez Campos el Diputado que hoy molesta la atencion de la Cámara; y aceptando yo las ideas fundamentales de esas comunicaciones, pero creyendo, en términos de prudencia, que debia todavía examinarse y estudiarse más el llevar á cabo la disminucion en los tributos ó en las contribuciones de la isla de Cuba, se redactó y se autorizó y aprobó el presupuesto en el mes de Abril, sin hacer gravísimas alteraciones en esta tributacion. Como yo siempre discuto con lealtad, debo decir que me hallé en el Ministerio adelantados, terminados los trabajos de redaccion del presupuesto de 1878-79, hechos por el Ministro Sr. Eduayen, mi digno antecesor. En este proyecto del Sr. Elduayen habia algunos detalles por los cuales S. S. mismo no hubiera podido pasar, porque redactado en el supuesto de haberse promulgado mucho antes de la fecha en que se promulgó, ya la hipótesis que habia servido para la redaccion de esos detalles era impracticable. Resultaba, pues, necesaria la modificacion; en este sentido se conservó el pensamiento capital de mi digno antecesor, y, por lo tanto, se hicieron algunas correcciones, y otras de poca entidad no se llevaron á cabo, reservándolas para disposiciones posteriores. Este es el primer presupuesto que despues del de 1874, con las condiciones especialísimas en que entonces se hizo, se ha publicado para la isla de Cuba; en el intervalo desde 1874 á 1878 no ha habido presupuestos en la isla de Cuba.

Pero ocurrió el cambio en la administracion de



aquellas provincias mediante la indispensable necesidad de reemplazar al dignísimo general Sr. Martínez de Campos; fué el ilustre general Sr. Marqués de Peña-Plata, y el Sr. Ministro de Ultramar pudo ver (como los habrá visto ya sin duda) los telegramas apremiantes que dirigió al Gobierno ampliando las consideraciones emitidas por el gobernador general su antecesor, y extendiéndose en términos tales, que pedía desde luego la rebaja al 5) por 100 del derecho de exportación y al 16 por 100 la tributación directa para todas las fincas que no fueran azucareras, porque éstas debían quedar exentas de toda tributación directa. Este fué el programa con que inició su mando la digna autoridad que reemplazó al general Martínez de Campos, y en esta situación se encontró el Ministro de Ultramar después de publicado el presupuesto.

Resistiéndose el Gobierno á tomar resolución de ninguna clase en punto á la tributación de la isla de Cuba sin el concurso de las Cortes, acudió para defender la integridad del derecho de exportación, á los mismos medios que había acudido el general Martínez de Campos, al Banco Hispano-Colonial, y yo fui interpelado por un individuo de la oposición y por otro de la mayoría, representantes de las provincias de Ultramar, porque no se hacía disminución en los impuestos y tributos que estaban representados por el derecho de exportación en el contrato con el Banco Hispano-Colonial. Pero las circunstancias apremiaban, las consideraciones de un orden político se imponían, y hubiera sido inmensa responsabilidad para aquel Gobierno haber resistido por más tiempo aún, á las repetidas instancias y manifestaciones de la autoridad de la isla de Cuba que nos pedía la disminución de los impuestos por consideraciones políticas y por consideraciones económicas. ¿Y qué se hizo entonces? Pues entonces se hizo lo que el Gobierno creyó que era una condición inexcusable para poder sostener en la isla de Cuba el prestigio de la administración paternal que el Gobierno deseaba que se ejerciese en aquellos dominios. El Gobierno autorizó que se redujese la contribución directa para las fincas azucareras al 2 por 100 y que continuase la contribución directa para todas las demás en el 16 por 100.

Esta fué la fórmula del Real decreto de 11 de Junio de 1879, ratificando los telegramas en cuya virtud para el 1.º de Julio resultaba planteada esta modificación en el sistema de impuestos.

Y ahora vuelvo yo á reanudar mi discurso en el punto que le dejé cuando decía que había deseado robustecer mis opiniones con las de aquellos que más inmediatamente conocedores de las circunstancias en que se hallaba la isla de Cuba, pudieran proponer lo que ellos consideraran conveniente respecto á las reformas. Se nombró, pues, la Junta; á esa Junta se le encomendó que diese dictámen sobre tres ó cuatro puntos, que podían reducirse á dos: el referente á lo que se ha llamado cuestión social, y el concerniente á las cuestiones económicas. Ni los límites de la alusión personal, ni el respeto y consideración que yo debo á la ilustración de esta Cámara, me permiten extenderme en demostrar en qué términos dió este dictámen la Comisión, compuesta de Senadores y Diputados de distintas fracciones: se ha publicado en la *Gaceta*, y, por consiguiente, está al alcance de todos, y yo estoy seguro que los Sres. Diputados le han estudiado. Solo diré (porque la cuestión de la esclavitud hay que descartarla) que habiendo mediado respecto de esto diver-

gencia de afirmaciones en esa Junta, estuvo sin embargo unánime, completamente unánime en lo relativo á las reformas económicas; y es más, que sin haber ninguno de los individuos que la formaban (y apelo al testimonio de todos ellos) conferenciado con el Ministro de Ultramar, ni recibido de él ninguna de sus inspiraciones, vinieron á coincidir unánimemente con las opiniones que el Ministro de Ultramar había sostenido siempre respecto de las reformas de Cuba. Podía haber en los detalles ó en el desenvolvimiento alguna divergencia, algún accidente, porque creyeran los señores informantes que debiera haber más ó menos rapidez, más ó menos latitud en las reformas; pero en lo esencial todos estaban conformes con el Ministro de Ultramar. Este dictámen, impreso y publicado en la *Gaceta*, tenía un grave defecto que era sustancial para someterlo á conocimiento del Consejo de Ministros, y era, que no estaban bien concretadas las conclusiones. Y aquí viene la historia del documento ó papel que se supone que ha sido origen de la crisis.

Después de haber conferenciado con los dignísimos ponentes de esa Comisión informadora en varias reuniones, á que asistió el general Martínez Campos como Presidente del Consejo; después de haberse fijado una porción de particulares que interesaban sobremanera al Ministro de Ultramar para poder determinar con exactitud y precisión el alcance de las reformas que se proyectaban; después de haberse convenido en omitir algunas declaraciones en ese mismo informe apuntadas, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, con la lealtad y noble franqueza que le caracteriza, me preguntó si yo estaba conforme con el dictámen: le contesté que sí, pero que era necesario someter la cuestión al Congreso. Había, pues, necesidad de que por parte del Ministro de Ultramar, en lo que era propio y peculiar de su departamento, se formularan las cláusulas que constituían las verdaderas condiciones del informe, y esas cláusulas, son las que se sometieron después particularmente á conocimiento del Consejo de Ministros, eran las bases del proyecto ó de los proyectos de ley que se hubieran de traer á esta Cámara en cumplimiento del compromiso que había contraído el Gobierno y que había puesto en labios de S. M. al leer el discurso de la Corona, diciendo que se traerían las reformas de Cuba. Presentó, pues, á sus compañeros de Consejo el Ministro de Ultramar, por lo que á su departamento se refería, las bases que pudieran desenvolverse en un solo proyecto ó en varios; y si mi memoria no me es extremadamente infiel, cosa muy posible, sobre todo después de haber estado enfermo, estas cláusulas ó estas bases no parecieron mal al Consejo de Ministros. La primera impresión no fué desfavorable en tesis general.

El Sr. Ministro de Hacienda, con la cortesía y la prudencia que le distinguen, manifestó solo que «le parecía que se debilitaba» el presupuesto, y aquí ya surgió, ya apareció la cuestión de lo que (permítaseme el vocablo; lo he visto en uso estos días y lo acepto) se ha llamado indotación del presupuesto. Era, pues, obligación del Ministro de Ultramar demostrar que no había semejante indotación; que en el conjunto del pensamiento del Gobierno se podía mantener el presupuesto normal en condiciones tales que no resultase indotado. Pero había otra cosa más: el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, deseoso de ver en qué términos se compadecía lo que reclamaban enérgica y urgentemente las provincias de la isla de Cuba con lo que requieren los



intereses de otras provincias del Reino, deseando en lo posible conciliar los intereses y las voluntades, de acuerdo con el que tiene en este momento la honra de dirigiros la palabra, celebró una conferencia con la distinguida persona más significada representante de la mayoría. En esta conferencia surgió el disentiimiento, partiendo de la base ya apuntada por el Sr. Ministro de Hacienda, esto es, de la posible indotación del presupuesto; nacida, entre otras causas, de que en ese informe de la Junta y en las cláusulas que simbolizaban ó respondían á las conclusiones de ese informe, se establecía el principio (nótele bien la Cámara, porque esto es lo que entraña la identificación de opiniones entre ese informe y las que yo he profesado siempre), se establecía el principio, digo, de que al cabo de cinco años se importarían en Cuba libres de todo derecho los productos de la Península trasportados en bandera española.

Y esto que real y verdaderamente podía servir de fundamento ó de aparente razón para temer que la disminución de esos derechos afectase de tal manera á los intereses de Cuba, que no permitiera cubrir sus atenciones, esto no es nuevo, porque esto se había propuesto en el año 63, desde cuya fecha el Diputado que os dirige ahora la palabra ha sostenido constantemente el mismo principio. Es lo mismo que está en práctica en Filipinas, y es lo que votásteis en la ley del año 77. No había, pues, novedad alguna no había más que un principio de justicia perfectamente establecido, que había de mantenerse á toda costa, y que si no se mantenía podía ser por consideración de un orden fiscal; pero á esto la Junta, con un patriotismo que yo me complazco en celebrar, enviándole desde este sitio las gracias por ello, la Junta había acudido proponiendo que el Gobierno pudiera crear un derecho fiscal del 2 por 100 y una contribución de consumos, con lo cual se daba una fuerte compensación á la disminución de ingresos representada en la importación de los productos peninsulares.

Los demás artículos del proyecto se referían á la necesidad de estudiar los aranceles y de reformarlos; necesidad sentida y reconocida por todos los Gobiernos, y que habrá de reconocerla todo Gobierno que se ocupe de las cuestiones de Ultramar; á la necesidad de celebrar tratados que aquí se han reclamado á los Gobiernos una y otra vez, para facilitar la salida de los productos de la isla de Cuba, y á la de acudir al pago de la enorme (así se llamaba; dista mucho de serlo), al pago de la enorme deuda que pesaba sobre la isla de Cuba por efecto de las circunstancias extraordinarias por que había pasado. Me parece que en la cuestión de guerra la justicia no era menor, porque, como decía perfectamente ayer el Sr. Argumosa, sería una pretensión irritante y quimérica el que en un momento dado se pagaran los gastos extraordinarios de 40, 80 ó 100 millones de pesos con un presupuesto que no es posible elevarlo á más de 40 millones. La Junta en su informe había estudiado los presupuestos, había estudiado todos los antecedentes relativos á la tributación de la isla de Cuba, de los gastos que hubieran de realizarse, y se había encerrado en los límites de un presupuesto de 38 millones de duros, con un presupuesto de ingresos de 40 á 42.

Siguiendo el espíritu patriótico que le inspiraba, había respetado los principios fundamentales del decreto de 11 de Julio de 1879 y había establecido que habría para todos los inmuebles una tributación direc-

ta de 16 por 100; pero este impuesto directo sería solo del 2 por 100 para las fincas azucareras, continuando el derecho de exportación. Ya sé que se ha dicho y que se dirá todavía: «¿quereis que continúe ese 2 por 100 cuando en la Península se paga el 21?» Pues, señores, hay que tener en cuenta que el fabricante de azúcar tiene que descontar en el precio de su producción el 27 por 100 sobre la utilidad, que es la relación con que la grava el derecho de exportación. De manera que, en rigor, sufre un impuesto del 29 por 100.

Y noten los Sres. Diputados otra cosa que quiero ahora decir porque temo que se me olvide, y que es muy interesante para ilustrar el criterio que ha de juzgar de esta materia. Yo no presumo saberlo todo; quizá en esto sé menos que muchos; pero dentro de lo que tal vez pueda ser un error, tengo necesidad de hacer ver hasta qué extremo llega. Expongo, pues, todas las razones en que me apoyo, y espero la respuesta, para saber si efectivamente, conocidos todos los elementos y todos los antecedentes de esta cuestión, mi criterio es realmente un criterio extraviado.

Pues bien; ¿sabeis cuánto pagaban los productores de la isla de Cuba, sabeis cuánto hubieran pagado si se hubiera mantenido la contribución del 35 por 100? Hubieran pagado el 62 por 100 de contribución directa. ¿Sabeis cuánto hubieran pagado con el 30, con el 25, con el 21 ó con el 16 por 100? Pues es muy sencillo saberlo, porque todo se reduce á una operación aritmética. Aquí teneis lo que hubieran tenido que pagar los propietarios de fincas azucareras en la isla de Cuba, es decir, lo que tenía que pagar una riqueza que constituye el fundamento, la base esencial, el ser de la producción de la isla.

Pero hay que tener en cuenta otra cosa tratándose de la isla de Cuba. En aquella isla (y esto era lo que no quería que se me olvidara) la contribución directa es una contribución como la inglesa, una contribución sobre la renta, no de reparto como aquí. En la Península se fija en el presupuesto una cantidad total que se reparte según los amillaramientos, y cuando se fija el 25 ó el 21 por 100, es únicamente para el agravio, porque de los que paguen 16 por 100 ó menos, de esos nadie dice nada. Pero en la isla de Cuba, si las declaraciones de riqueza fueran verdad, si en Cuba no hubiera ocultaciones que son efecto de la exageración misma del tributo, ya sabeis el punto á que la contribución podría llegar, dados los antecedentes que os he indicado. Conste, pues, que cuando se dice que no se paga más que el 2 por 100 de contribución directa, se desconoce por completo la manera con que allí se paga la contribución, la situación especial de los productores y la manera de hacer efectiva esa misma contribución.

Y esto me sirve para defender, en otro orden de ideas, la siguiente proposición, que era y es la defensa de todo el sistema sostenido por la Junta informadora, á saber: que la forma más segura y menos vejatoria para establecer la contribución directa, dadas las circunstancias de los productos de Cuba, dada la falta de estadística, dada otra porción de condiciones que yo no quiero enumerar ahora porque no hacen á mi propósito, era un procedimiento fiscal mucho más expedito, más seguro, más cómodo, lo mismo para la Hacienda que para el contribuyente; el procedimiento de mantener el derecho de exportación en subrogación de la contribución directa. Y hay aquí también otra cosa muy singular, y es que sin duda por efecto de una co-



mun y no convenida insensatez, la autoridad superior de Cuba profesaba las mismas opiniones que el Ministro de Ultramar; el director de Hacienda, siendo como es persona de reconocida competencia, opinaba también en el mismo sentido que el Ministro de Ultramar; y por fin, la Junta informadora opinaba del mismo modo que el Ministro de Ultramar.

Sin embargo, nada de esto alcanzaba ni podía alcanzar á persuadir de que el presupuesto no quedaba indotado. El Ministro de Ultramar partió en la discusión ante el Consejo de Ministros, de dos hechos fundamentales: primero, que á toda reforma, por las consideraciones que expuse al principio, había de preceder la rescisión del contrato con el Banco Hispano-Colonial; segundo, que este solo hecho significaba para el presupuesto, de llevarse á cabo, una economía por lo ménos de 3 millones de duros.

Señores, yo comprendo que es enojoso, después de los elocuentes discursos que aquí se han pronunciado, entrar en esta discusión, pero yo no puedo prescindir de ello; estos son los elementos de mi defensa, y además esta cuestión no se puede tratar de otro modo. Es en vano que se hagan declamaciones, es en vano que se hagan períodos más ó ménos brillantes y rotundos; lo esencial es demostrar por medio de números si realmente la isla de Cuba puede ó no pagar un presupuesto de 60 millones de duros, ó si no puede tener más gastos que los representados por 38 millones, y si las reformas que propuso la Junta de información y acogió el Ministro de Ultramar eran ó no aceptables y dejaban ó no indotado el presupuesto de Cuba. Esto es lo que hay que demostrar.

Pues bien, señores; esto, con una timidez de que yo real y verdaderamente habré de acusarme muchas veces; esto, con una timidez que siento haber tenido, lo hacía yo en el Consejo de Ministros, probando, á mi parecer, que una vez obtenida la economía de 3 millones de duros por la rescisión del contrato con el Banco Hispano Colonial, lo que había de inmediato, de perentorio, en las bases del proyecto presentado al examen del Consejo de Ministros, era una disminución anual que yo aseguraba había de elevarse á 700.000 pesos. Y yo pregunto: si del conjunto de las reformas económicas se obtenía una disminución en los gastos de 3 millones de duros, ó la disposición de destinar esos 3 millones de duros al pago de la deuda atrasada en la forma en que fuera posible combinarlo por medio de operaciones que llevaran al porvenir la solvencia de esos créditos después de bien clasificados; si este resultado se obtenía, ¿cómo el presupuesto había de quedar indotado? Y cuenta que en mis apreciaciones yo no hice nunca mérito, sino por una consideración puramente teórica, de los productos que hubiera de dar el derecho de balanza del 2 por 100, de lo que hubiera de producir la contribución de consumos, y de lo que hubiera de elevar las rentas en cantidad la mayor facilidad de las relaciones comerciales con la madre Pátria y con los demás pueblos, factor importante del cual no se puede prescindir en esta materia, pero del que sin embargo yo prescindía; y encontraba que estaba perfectamente demostrado por los datos que yo no había inventado, por los antecedentes que yo no había traído; encontraba por antecedentes que muchos de ellos eran del departamento de Hacienda, que estaba demostrado que todo lo más que podría disminuir el ingreso concediendo la franquicia á los productos de la Península importados en la isla de

Cuba en bandera española, sería 700.000 pesos. ¡Qué de ventajas en cambio de esos 700.000 pesos! ¡Qué claro era, y no podía ménos de ser, que rescindiendo el contrato con el Banco Hispano-Colonial, condición *sine qua non* para la reforma, se obtenía esa ventaja de los 3 millones!

Porque como una de las razones en que se fundaba el criterio del Ministro de Ultramar al examinar estas cuestiones era que ese Banco tenía el 50 por 100 de participación en los beneficios de la renta de aduanas; como en los cálculos de los ingresos se había atendido á los elementos de la recaudación más inferiores, tomados por término medio; como al mismo tiempo no había computado para nada lo más elevado de la fortuna contributiva, confrontada con las declaraciones de una riqueza líquida superior á la que había servido de base á los estudios del Sr. Elduayen; como por otra parte podía presumir con razón que reduciendo el ingreso de las aduanas como cálculo á una cantidad de 20 á 24 millones de duros (24 millones había producido en el período de 78 á 79), ese millon y trescientos mil pesos de la participación en la renta que tenía el Banco Hispano-Colonial, ingresaría en el Tesoro, me parece que no era ciertamente obra de un insensato, ni eran insensatos los que habían aconsejado al Ministro el que se computase como disminución del presupuesto en 700.000 pesos próximamente lo que había de menguar con la importación libre de derechos de los productos peninsulares, á cambio de 3 millones de pesos por el conjunto de la combinación, sin la cual era imposible hacer las reformas. Estas eran las premisas del problema que se planteaba ante el Consejo de Ministros. Fuí bastante desgraciado, lo confieso (es posible que ahora me suceda lo mismo), para no persuadir á mi digno amigo el Sr. Orovio de que podía estar tranquilo, porque, según el plan formulado, el presupuesto no quedaba indotado. Pero todavía acudió el leal Sr. Martínez Campos á buscar términos de conciliación que dejaran satisfecho hasta el mayor grado el recelo ó la desconfianza de los que imaginaron que todo aquel plan, que aquel proyecto era como el sueño de una noche de verano; y se convino en que se formularia un artículo por el cual el Gobierno quedase autorizado á suspender los efectos de la reforma en cuanto se refiriese á la tributación, si las exigencias de las obligaciones eran tales que había que acudir á robustecer el presupuesto; pero ante la negativa absoluta de aceptar aquel pensamiento, aquella cláusula, como base de una discusión, como principio y fundamento del desarrollo del proyecto de ley que había de traerse al Congreso, la situación del Ministro de Ultramar era muy clara, era perfectamente definida: ó se aceptaba aquello, ó él tenía que abandonar su cartera. Y aquí, con el intervalo de algunos días, que está en la memoria de todos y que creo se ha repetido varias veces, surgió en definitiva la crisis, en las condiciones que la dibujó desde el primer momento el Sr. Ministro de la Gobernación. El Sr. Ministro de la Gobernación, puesto que el Sr. Ministro de Hacienda no aceptaba la posibilidad de llevar á cabo nada de lo propuesto en aquel proyecto; como en totalidad y en absoluto lo rechazaba como imposible hasta de discusión, por ser rematadamente malo; el Sr. Ministro de la Gobernación, repito, dijo que después de las indicaciones hechas, comprendía que aquel conjunto de pensamientos formulados como se quisiera, pero manteniendo sustancialmente la tributación en la forma del decre-



to de 11 de Julio de 1879, la sustitucion de la contribucion directa sobre las fincas azucareras por el derecho de exportacion, la rebaja de este derecho de exportacion para que esas fincas azucareras quedaran con una tributacion igual á las demás que contribuian, la franquicia en la importacion en Cuba de artículos de produccion peninsular, producía ya tal division de opiniones en el Ministerio, que éste no podía presentarse ante el Parlamento tal como se hallaba constituido. En concepto del mismo Sr. Ministro, rechazados todos estos pensamientos en términos de hacerlos absolutamente imposibles el parecer resuelto de algunos de nuestros colegas, no había manera de esperar que en la mayoría tuviera acogida, ni él se consideraba con fuerzas bastantes para intentarlo. Surgió, pues, la crisis, que consistía en decir el Ministro de Ultramar que renunciaba á su cartera, y en decir los demás Sres. Ministros que renunciaban á la suya, para que el Presidente del Consejo resolviera lo que creyera oportuno. No se vino á este resultado sin que antes todos los Ministros, excepto el Sr. Ministro de Hacienda y el Sr. Conde de Toreno, que se adhirió á su pensamiento económico, declararan que estaban conformes con el proyecto, y que lo estaban partiendo del principio de ser una verdad demostrada que el presupuesto no había de quedar indotado.

Esta es la historia de la crisis tal y como ha pasado, segun yo la recuerdo: si he incurrido en error, lo que no creo, seguramente que mis dignos compañeros de Gabinete lo rectificarán.

Ahora, respecto á lo esencial del proyecto que de una manera incidental he venido defendiendo al enumerarlo, es seguro que mis dignos compañeros de Gabinete podrian defenderlo mucho mejor que yo; pero puesto que á mí se me impone por la circunstancia de haber desempeñado, aunque sin merecerlo, el cargo de Ministro de Ultramar; puesto que á mí se me impone, digo, la obligacion de justificar esta parte de mis actos, debo hacerme cargo de algunas suposiciones en cuya virtud se ha dicho que había un presupuesto nivelado y hoy hay un presupuesto en déficit. Respecto del presupuesto nivelado, no hay más presupuesto que el de 4 de Abril; y si se llama nivelado á las condiciones en que generalmente suelen por desgracia nivelarse los presupuestos, nivelado estaba. Pero yo deseo saber, cuando se habla de déficit, qué se entiende por déficit; porque en esta materia, repito, como indiqué antes, que es necesario pensar bien los conceptos. ¿Déficit, de qué? ¿Cuál es el déficit? ¿Es el déficit entre el ingreso calculado y la recaudacion efectiva? Pues el hecho, si es cierto, es contraproducente para los que pretenden aumentar la tributacion, por una razon que no tiene réplica. O se confiesa que la Administracion es de todo punto impotente para hacer efectivos los derechos del Estado sobre los contribuyentes (afirmacion que no creo que haya ningun Gobierno que se atreva á hacer); ó de lo contrario, si la Administracion, no por defectos suyos, sino por deficiencia de las fuerzas tributarias del país, no puede hacer efectivos los ingresos, ¿cómo los quereis aumentar? Absolutamente imposible: y ante la imposibilidad, inútil es todo trabajo y la fuerza del ingenio y hasta los propósitos mejor intencionados, propósitos que yo no niego ni desconozco que se tengan.

Pues este propósito, este concepto, este pensamiento fundamental, es el que alentaba, al tratarse de esas cuestiones, durante muchos años, al Ministro de Ultra-

mar cuando decía: no se puede tributar más, es en vano ponerlo en el papel, el papel todo lo resiste; allí pondreis 48, 50, 60 millones; tributar es imposible. Y la razon es, porque se ha tributado mucho. La razon la daba el Sr. Argumosa elocuentemente ayer con una expresion ingénua, pero que se abre camino mejor que todas las frases más elocuentes del mundo: el Sr. Argumosa nos decía ayer con mucha razon, que era imposible que despues de haber pagado por conceptos extraordinarios en la isla de Cuba el 35 por 100, y ya hemos visto á lo que se eleva, era imposible que se continuase recaudando en la proporcion necesaria para atender á ciertas cargas públicas á que habría necesidad de atender por otros medios que no fueran la tributacion directa y la territorial. Porque ¿saben los Sres. Diputados, puesto que yo he hecho mis estudios, no sobre los presupuestos, sino sobre la recaudacion; saben los Sres. Diputados á cuánto ha ascendido la recaudacion en los años de 1875-76, 1876-77 y 1877-78? Pues se han recaudado en la isla de Cuba 55 millones de pesos cada año, y eso por los conceptos generales que constituyen el presupuesto del Estado. Y no se me ha de pasar el llamar la atencion del Congreso (á pesar de que los Sres. Diputados con su gran perspicacia no lo necesitan) sobre la circunstancia de que en todas las apreciaciones y en todos los datos de tributacion que he citado, no se ha contado para nada con los recargos municipales, ni con los provinciales; por consiguiente, ya saben los Sres. Diputados que sobre ese sesenta y tantos por ciento de contribucion directa y de derecho de exportacion en la isla de Cuba ha habido las tributaciones municipal y provincial y además la renta de aduanas. Dígame, pues, el Congreso si con solo manifestar que son 55 millones de pesos lo que representa la recaudacion de la contribucion directa, y que la recaudacion de aduanas se ha hecho efectiva por 24 millones de pesos, y que todo esto se paga por 1.300.000 ó 1.400.000 habitantes, no está dicho todo. Despues de esto, estableced ahora todas las comparaciones que querais, barajad estos guarismos como os parezca; el resultado será siempre el mismo, una tributacion imposible, y yo no me hago responsable de intentar cosas imposibles. Yo me alegraría muchísimo, yo coadyuvaria de buen grado á todas las combinaciones, á todos los medios que pudieran dar por resultado el satisfacer las obligaciones públicas con regularidad, con puntualidad, con exactitud; pero á lo que yo no puedo coadyuvar, lo que yo no he podido suscribir nunca tratándose de estas cuestiones de Ultramar (ya lo he dicho aquí), es á que por una ofuscacion del espíritu, se suponga real y efectivo lo que en el campo de la realidad es imposible; lo que además, solo por intentarlo en el campo de la realidad, puede producir gravísimos conflictos, una gran perturbacion y profundos disgustos que debemos alejar por todos los medios posibles de la gestion de la cosa pública, de la administracion y del gobierno del país.

Y ahora os pregunto: puesto que tan malo era el pensamiento de aquel Gobierno en lo relativo á las reformas económicas de Cuba; puesto que era tan inaceptable, yo pregunto: ¿ha de haber reformas económicas, sí, ó no? Y uso de propósito la forma interrogatoria: ¿sí, ó no?

Pues si ha de haber reformas económicas, pregunto á mi vez: ¿en qué pueden consistir? ¿Qué reformas económicas han de ser esas, que no sean la libre importacion de los frutos peninsulares en bandera penin-



sular en la isla de Cuba, que facilitar mercados por medio de tratados de comercio ó de pactos, que disminuir las tarifas para no hacer que con el producto del sudor de los trabajadores de la isla de Cuba, de los productores de aquella isla, con el capital de los hacendados se enriquezca el Tesoro de los Estados-Unidos? ¿Qué reformas económicas son las que no han de facilitar las relaciones comerciales con la Península, de tanto interés para la madre Pátria como para los insulares? ¿Qué reformas económicas son las que no tengan por objeto el satisfacer la deuda contraída en el período que medió hasta el corte de cuentas que tuvo lugar en el mes de Junio de 1878, á fin de satisfacer esas obligaciones en los términos prudentes que permitan los recursos del Tesoro? Pues si esas son las reformas económicas que proponía el Gobierno del general Martínez Campos; si eso era lo que el general Martínez Campos venía sosteniendo desde que estuvo al frente de la isla de Cuba; si eso es lo que ha propuesto el Ministro de Ultramar de entonces al Consejo de Ministros; y sin embargo se cree que esas no son las reformas económicas, yo pregunto: ¿cuáles son las reformas económicas?

Todavía si hubiera términos hábiles (ya lo he dicho y lo repito), si hubiera términos hábiles de no ahogar la producción, si hubiera términos hábiles de no hacer imposible que se restaure lo que allí se ha arruinado, yo apoyaría lo que en tal sentido se hiciera. Aquí se nos ha pintado con grande elocuencia cuál es la situación verdadera de aquella Antilla; se nos ha demostrado, y se nos demostrará cada día más y con mayor evidencia, que no hay elementos, que no hay fuerza bastante para soportar ni aun siquiera los mismos gravámenes á que hubiera quedado reducida la tributación según el proyecto de la Junta informadora. Pero si eso no fuera así, si hubiese medios, repito que los apoyaría; pero si no los hay ¿por qué no se hace en la isla de Cuba lo que se ha hecho aquí? Pues qué, ¿no hemos tenido forzosamente que reconocer que no se podían satisfacer en la Península ciertas cargas públicas? Pues qué, ¿no hemos autorizado la rebaja en los intereses de la deuda al 1 y aun á menos del 1 por 100, porque se empezó por no pagarlos, y menos que no pagar no cabe nada? Pues qué, ¿no tuvimos que combatir el pensamiento del Gobierno como se combate en estas Cámaras de la manera que combate la opinión, oponiéndose de un modo noble y enérgico cuando se propuso el aumento del 2 por 100 en la contribución directa? ¿No se levantó aquí una cruzada demostrando todos que era absolutamente imposible, que no había términos hábiles para que la riqueza inmueble pagara ese recargo de 2 por 100? ¿Y qué se hizo? Se renunció á él.

Pues si se aceptara el principio de que porque son tales las obligaciones de la isla de Cuba, porque son tales las exigencias de la guerra, porque son tales las necesidades á que hay que acudir, no hay más remedio que pagar, yo pregunto: ¿por qué no se hizo así aquí? Se hizo lo que he creído y creo que prudentemente se podía hacer, que es, transigir con esas exigencias, aplazarlas, atenuar sus efectos y dejar que cobre fuerzas lo que constituye la sávia y la vida de los pueblos, que es la riqueza, y por consiguiente, no ahogar en su cuna lo que en su día, fomentado y multiplicado por medio de medidas salvadoras de parte del Gobierno, puede servir para que se realicen todas las combinaciones y se deje á salvo el pago completo

de las cargas públicas. Si prudentemente hemos hecho esto en la Península, no veo ninguna razón, no veo ningún fundamento, no veo ninguna posibilidad de que no podamos ni debamos hacerlo en Cuba.

El Sr. **PRESIDENTE**: Están para terminar las horas de Reglamento. Si S. S. concluyera su discurso brevemente, podría continuar; si no, quedaría en el uso de la palabra para mañana.

El Sr. **ALBACETE**: Estoy algo fatigado. Si el señor Presidente fuera tan amable que me permitiera continuar en el uso de la palabra en el día de mañana, yo se lo agradecería infinito.

El Sr. **PRESIDENTE**: Con mucho gusto.

### Sesion del Sábado 14.

El Sr. **ALBACETE**: Señores Diputados, si en el día de ayer era grande el embarazo de mi inteligencia y de mi espíritu por el estado de mi salud, que ciertamente no es hoy mejor que ayer, al presente este embarazo toma proporciones mucho mayores, atendida la circunstancia de lo mucho que ayer hubo de enojarnos mi palabra, por la pesadumbre de haber de continuar hoy molestándoos, y el temor de que si ayer, con muy pocos títulos de mi parte, vosotros me prestásteis una suma extraordinaria de benevolencia, por más que de vuestra parte me atreva á esperar igual beneficio, los títulos en mí han disminuido grandemente por el abuso que de ella he cometido.

Sin embargo, no puedo menos de continuar exponiendo los hechos, los conceptos, las razones que abonaban el proceder del Ministro de Ultramar del Ministerio del general Martínez Campos, porque de tal manera se me ha increpado y de tal manera se ha supuesto en todo lo que había sido objeto de examen y deliberación del Consejo de Ministros en aquellos tiempos, que había pecado de ligereza, de poca meditación, de desconocimiento de la materia, inculpación que á mí únicamente no me coge, pero que yo tengo el empeño y el deber de defender exclusivamente en estos momentos, que muy á pesar mío, y con el gran sentimiento de haberos de molestar, tengo que continuar, reanudando mi discurso de ayer, la exposición de los hechos en todo lo que todavía me quedaba por exponer ó manifestar, para que de todo se tenga el cabal conocimiento que yo deseo formen la Cámara y el país.

Si no recuerdo mal, había yo establecido la necesidad de que se definiera bien qué se entendía por déficit en el presupuesto de la isla de Cuba, y preguntaba: ¿es el déficit lo que resulta de no alcanzarse la recaudación presupuesta, sin alteración ninguna en la entidad de los tributos? Pues veamos esto á qué causas puede obedecer; porque si obedece á la imposibilidad material, real y efectiva de que los tributantes puedan satisfacer los impuestos, en ese caso todas las objeciones, todos los argumentos que se han dirigido contra el pensamiento de aquel Gobierno, formulado en las bases que habían de ser objeto de proyectos de ley traídos á las Cortes, todo absolutamente desaparece. ¿Por qué? Porque ante la imposibilidad de hacer efectivos los ingresos calculados, no hay argumento ni razón alguna que contraponer para justificar aquel procedimiento, contrario al que aconsejaba la prudencia y el interés de los contribuyentes.

Apuntada esta idea, me ocupé de demostrar la suma que se hacía efectiva por los contribuyentes en la isla de Cuba, y después de haber recordado los dife-



rentes conceptos que debían ó podían servir de base para hacer la distribución de este *haber* del Tesoro representado en la contribución directa, fijaba de una manera concreta que allí se tributaba en una cantidad muy superior á la que se había consignado, á la que había de figurar en el presupuesto, solo por contribución directa de las fincas azucareras. Pero cuando yo exponía este hecho y hacía referencia á la conducta que aquí se había seguido en casos semejantes al en que se encontraba el Gobierno del general Martínez Campos respecto á tributación de Cuba, y que había consistido en haber abandonado el propósito de aumentar la contribución directa y en haber renunciado á satisfacer sagradas obligaciones, porque era imposible de todo punto satisfacerlas de una manera inmediata y cumplida, restábase exponer un hecho de gran importancia y que justificaba y justifica, á mi modo de ver, la conducta que aquel Gobierno se proponía seguir. Este hecho se hallaba y se halla íntimamente relacionado con el proyecto de ley ya votado por las Cortes, en virtud del cual se modifica esencialmente el trabajo en la isla de Cuba. A todos los gravámenes que estaban consignados en el presupuesto de ingresos tal y como se habían concebido al promulgarse la ley de presupuestos de 4 de Abril del año pasado, había que añadir la novedad de que el trabajo, antes gratuito, ó relativamente gratuito, había de ser un trabajo por parte de los patrocinados ó libertos retribuido, y este era un gravamen que no podía menos de tenerse en cuenta por parte del Gobierno, con prudencia, con suma discreción, para no aumentar aflicción al afligido, para no hacer que á las naturales dificultades que las perturbaciones de aquella isla habían traído á la producción, á las dificultades con que se había de tropezar para hacer efectivos los impuestos calculados ú otros que se pudieran establecer, aun cuando fueran menores, se añadieran las dificultades que creaba el que todos esos productos tenían que sufrir un desembolso que se podía graduar en 8 millones de pesos anuales; es decir, que al gasto de refacción de un ingenio, tal como existía antes de la tributación, aun como se consigna sobre el papel; al gravamen que representaban todos los demás tributos de la renta de aduanas y los que se satisfacen en concepto de municipales y provinciales, había que agregar para el haber de los hacendados, para el haber de los que explotaban la riqueza del país, un gravamen de 8 millones de duros, de 7, de 6, si quereis, pero siempre una cantidad de suma importancia que el Gobierno no podía menos de tener muy en cuenta para no suponer, como por muchos se supone, que los contribuyentes de la isla de Cuba pueden satisfacer hasta 60 y hasta 80 millones de pesos.

En esta idea podría yo estar equivocado, pero no podía yo creer que lo estaba, ni lo creerá nadie cuando una y otra vez, lo mismo los dignísimos representantes de aquella provincia que las autoridades que sienten todos los días las pulsaciones de la opinión y que tienen á su alcance el telégrafo para trasmitírselas al Gobierno, le decían al Ministro de Ultramar: «No hay que pensar en un presupuesto que pase de 39 millones de pesos.» Pues bien; ¿cómo no había de influir esto en el ánimo del que, por el desempeño de su cargo, llevaba al Consejo de Ministros las propuestas de lo que había ó no de constituir las reformas económicas de la isla de Cuba? ¿Cómo no había de llevar la impresión de estas repetidas insinuaciones, de estas

manifestaciones, en cuya virtud era imposible descartarse de una consideración de tanta importancia como la de que la promulgación de una ley iba á imponer á la propiedad de Cuba por el pago de jornales 8 millones de duros al año? ¿Acaso procedía el Gobierno en esto de una manera arbitraria? ¿Acaso procedía el Ministro de Ultramar por mero capricho? No. El Gobierno se encontraba con que el habitante de Cuba pagaba una cantidad muy superior á la que paga el de cualquiera otra Nación, el de cualquier otro Estado.

Ya sé yo cómo se combatirá este argumento, porque repito lo que decía ayer, discuto de buena fé, se me alcanzan las observaciones más ó menos fundadas que pueden hacerse á muchas de las mías, y todas las tengo contestadas de antemano ó las podría contestar *à posteriori*.

Se dirá que esa proporción excesiva por habitante, que es enorme y que yo no la hago por no ofender la ilustración del Congreso; se dirá que esa proporción enorme es hija de lo mucho que allí vale la producción, que representa un valor muy elevado que no se alcanza en otras producciones más variadas, más numerosas, pero muchas de ellas que alcanzan en otros mercados precios menores; y claro es que establecida la relación entre la cantidad total que representan los ingresos de la isla de Cuba, la producción que en esta isla se obtiene y el número de cada habitante, el resultado ha de ser una cantidad muy superior á la de un país pobre que solo tiene una producción pobre. Pero este argumento no es tal argumento de verdad, porque los hechos están demostrando que el principio en cuya virtud se establece siempre como graduación del mayor ó menor gravamen de un Estado respecto al presupuesto de ingresos lo que por cada habitante corresponde ó se paga, en rigor allí obra de la misma manera. ¿Por qué? Porque esa producción que tiene un gran valer, también lleva consigo crecidísimos gastos, y la relación del tributo con el caudal tributante resulta siempre en la proporción enorme que os decía en el día de ayer, resulta en lo que podían equipararse sus resultados para la contribución directa en un 62 por 100. Y yo pregunto: ¿conocéis vosotros algún presupuesto de ingresos en donde sin computar los gastos provinciales y municipales, se pague por equivalencia de contribución directa el 62 por 100 de la riqueza líquida confesada? Yo lo desconozco, y me permito asegurar que no existe ni puede existir. En determinado momento habrá podido exigirse esto en la isla de Cuba, porque no hay duda que allí respecto de los tributos se ha ensayado todo desde el año 1868. Allí se ha establecido el 5 por 100 sobre el capital; allí se ha establecido el 35 por 100 sobre la renta, y se han hecho todo género de ensayos. ¿Pero es que estos ensayos en el campo de la realidad han abonado siquiera los principios de doctrina en cuya virtud se prescribían? De ninguna manera; el día que se me pruebe á mí la posibilidad de hacer efectivos por más tiempo esos 55 millones que se han hecho efectivos en los años de 1875, 1876 y 1878, aquel día creería tener una prueba. Pero eso no me lo podréis probar; y cuando de una manera notoria las autoridades me estaban diciendo á cada momento: «eso no puede ser,» yo tenía el deber de creerlas y de proceder con arreglo á las indicaciones que me hacían.

Teníamos, pues, que el déficit resulta de la imposibilidad de hacer efectivos ingresos completamente imaginarios que solo sirven para dar pretexto á gran



desmoralización administrativa, porque cuando se exige al contribuyente lo que no puede pagar, lo que ocurre en la práctica, donde es necesario estudiar estas cuestiones, son las moratorias, los pagarés, los aplazamientos, todo lo cual viene acompañado por el cortejo indispensable de todo género de abusos. Pero el Ministro de Ultramar, que por sus funciones estaba en el deber de no ignorar estos peligros ni estos males, estaba también en el deber de proponer el único remedio que cabía en la práctica de una buena administración y un buen gobierno en cuanto á la gestión de la Hacienda pública se refiere, es á saber, que los ingresos fueran lo que podían ser; que los contribuyentes pagaran con la menor resistencia posible, con la mayor justicia, para hacerles comprender que no debían oponer dificultades insuperables para la efectividad de los ingresos; hacerles comprender que no se exageraba la tributación ni se trataba de ninguna manera de arruinarlos ni de hacer posible el que en un día dado no pudiesen levantar las cargas públicas.

Había pesado, pues, en el ánimo, lo mismo de los señores de la Junta de información que del Gobierno, este concepto esencial del déficit, relacionándolo con la novedad que había de introducir la ley de abolición de la esclavitud por los gravámenes que había que imponer al productor con los salarios de los libertos; y por último, por la gran necesidad, en la cual yo no me cansaré nunca de insistir, de facilitar por todos los medios posibles las transacciones comerciales entre la madre Patria y las Antillas.

A esto contribuía poderosamente, y no podía menos de contribuir, el hecho, que corre parejas con el anteriormente expuesto, sobre el pago que formando parte de los ingresos había de hacerse en las aduanas en la importación de los artículos de primera necesidad. El Gobierno no podía apartar su atención de lo urgente é indispensable, que era facilitar la adquisición de los artículos alimenticios para poder atender como era necesario á la nueva organización de los ingenios. ¿Y por qué el Gobierno no podía menos de prestar su atención á este importante servicio? Pues la Cámara lo va á saber; creo que lo sabe ya; pero, sin embargo, lo he de decir.

El pan es de gran necesidad, sin duda alguna; pero en la isla de Cuba ha sido objeto esta parte del alimento humano de las más graves y sostenidas reclamaciones. ¿Sabe el Congreso cuánto se paga por 100 kilogramos de harina española introducidos en bandera española en la isla de Cuba? Pues se paga exactamente el tipo de contribución, ó sea el derecho de arancel que aquí se estableció el año 69 para los artículos que tenían prohibida su introducción; es decir, se paga más del 35 por 100. ¿Sabe el Congreso cuánto se paga, ó mejor dicho, cuánto se había de pagar (porque desde el momento en que diga el precio que van á oír los Sres. Diputados, habrán comprendido que la importación tenía que reducirse á proporción muy efímera), sabe el Congreso cuánto se paga por los 100 kilogramos de cualquier otra harina introducida en bandera extranjera? Pues paga el 86 por 100; y no me ocupo de la harina extranjera introducida con bandera española, porque por efecto del Acta de navegación del Congreso de los Estados-Unidos de Junio de 1834, es absolutamente imposible el comercio con la isla de Cuba; es imposible que con los Estados-Unidos la importación y la exportación recíproca se haga de otra manera que no sea bajo la bandera extranjera.

Por consiguiente, el hecho de verdad, el hecho incontestable es, que si ha de haber otra harina que no sea española, para hacer pan y para alimentar á aquellos habitantes; que si ha de haber otra harina que no sea la de producción peninsular con el módico recargo de un 35 por 100, es necesario que sea una harina que venga de otra región, que pague el no menos módico derecho de un 86 por 100. En estas condiciones arancelarias para un artículo de la importancia del que me ocupa, se ha encontrado el Gobierno español. ¿Hay, pues, algo de extraordinario, algo de anormal, algo ni siquiera de nuevo, por lo que luego oirá el Congreso, en que el Gobierno pensara estudiar la reforma arancelaria en los términos prudentes en que pudiera llevarse á cabo para facilitar la importación de los artículos alimenticios, entre los cuales en primer grado y con preferencia á todos está el pan? De ninguna manera. Pues bien; en el proyecto que había formado la Junta de información, proyecto que aceptaba el Gobierno para la harina peninsular, que tiene una gran importancia en la exportación de la Península y no menos importancia en la exportación de la isla de Cuba, se proponía una rebaja prudentemente graduada para declarar la franquicia en cinco años. Y ese pensamiento ¿es acaso un pensamiento que revele falta de ilustración en el Gobierno, que era lo que yo me proponía investigar? Pues lo van á ver los señores Diputados. Esta cuestión de las harinas se halla magistralmente tratada en un informe que está impreso, dado por el administrador de rentas de la isla de Cuba en 7 de Julio de 1857, si mi memoria no me es infiel, y esta cuestión desde el año 57 hasta el 65 no pudo resolverse hasta que lo fué, primero por el inolvidable y respetable Sr. Seijas Lozano, y después por el Sr. Cánovas del Castillo, en un sentido mucho más extremado, mucho más radical que el que el Gobierno del general Martínez Campos quería proponer á las Cortes. En aquel entonces, la primera reforma hecha por el ilustre jurisconsulto y Ministro de Ultramar Sr. Seijas Lozano fué la de que la harina española en bandera española se importase en la isla de Cuba pagando un peso por barril.

El Sr. Cánovas del Castillo, á poco de haber entrado á ser Ministro de Ultramar, proclamó la libertad de introducción de las harinas españolas con bandera española, lo mismo en la isla de Cuba que en la de Puerto-Rico, introduciéndose ese artículo libre de derechos hasta después de Octubre de 1868. Ya sé, Sres. Diputados, qué clase de argumentos se me harán para hacerme ver que los tiempos no son hoy lo mismo; que lo que entonces se hacía con un presupuesto que no estaba en déficit, con una situación próspera ó relativamente próspera, sin que se hubieran tocado las consecuencias de una guerra desastrosa, sin que se hubiera tropezado con dificultades gravísimas, consecuencias de una situación anómala, sin que ese presupuesto pasara de 24 millones de pesos, no se puede hacer hoy. Pues yo haría un argumento enteramente contrario; yo diría: cabalmente porque hoy la situación no es la misma, cabalmente porque los gravámenes que pesan sobre los contribuyentes son hoy mayores, porque las reformas sociales llevan consigo una gran transformación en la manera de producir de la isla de Cuba, por las consideraciones mismas que antes he alegado al referirme á la necesidad urgente de atender á esos trabajadores cuyas condiciones van á ser enteramente diversas de las en que se encontraban en la condición de esclavos; precisa-



mente por eso, real y verdaderamente serian hoy más oportunas, más justificadas las reformas que aconsejaba en 1857 el ilustrado administrador de rentas, y que realizaron los inteligentes Ministros Sres. Seijas Lozano y Cánovas del Castillo. ¿Y es que por este camino, que habia de ser tan real y positivo en las ventajas que hubiera de producir, se iba á crear el déficit en el presupuesto? Pues á eso contestaba con una elocuencia que no tenia medios de ser impugnada, el administrador de rentas el año 57: probaba que lo que se ocasionaba con el sistema actual era un verdadero perjuicio al Tesoro, era una disminucion de ingresos; porque, señores, aquí lo hemos dicho repetidas veces; yo he tenido la honra de decirlo desde el banco de la Comision apoyando los presupuestos; aquí, en muchas ocasiones, no se piensa más que en cobrar, y lo que hay que examinar es de qué manera se puede cobrar; porque no basta decir: «impongo un 35 de derecho arancelario, y tendré una recaudacion de aduanas muy crecida;» no; lo que hay que ver es si con esos medios y por esa reforma así concebida y así planteada se hace completamente estéril la renta misma y se va á conseguir que no entre un solo barril de harina, ó si entra, es defraudando; porque cuando entre la necesidad del consumo y la defraudacion se coloca el arancel exajerado, de este dilema no se escapa: ó se mata la renta, ó se alimenta el contrabando y se trae ese cortejo de moratorias, de desmoralizacion, de desastres, de ruina de todo lo que es órgano, agente y medio de accion del Gobierno en la gestion administrativa.

Creo haber demostrado que en las cláusulas, bases ó artículos objeto de las reformas económicas en punto á las alteraciones arancelarias, el pensamiento del Gobierno del Sr. Martinez Campos era un pensamiento meditado, no se procedia en ello de ningun modo que pudiera calificarse de ligero, caprichoso y arbitrario; y creo haber demostrado que contaba con una série de precedentes que si para la reforma hubieran sido necesarios, la habrian justificado tan completamente, que con solo citarlos debian haber impuesto silencio á todos los impugnadores.

Otro argumento creo que se me podrá hacer relativamente á la exactitud con que he dicho que las fincas azucareras satisfacian en rigor el 60 por 100 antes de la reforma, y el 27 por 100 hoy, despues del decreto de 11 de Julio de 1879. En esta argumentacion que presupongo hay mucho de peregrino. Se dice (me parece haberlo oido en alguna ocasion) para impugnar la fuerza de la observacion apoyada en la existencia de esa verdadera suma, se dice que el vino de Arganda ó de Valdepeñas, por ejemplo, pagan tanto que equivale á su valor, por derechos de consumos, y si esa razon que se alega en favor de las fincas azucareras tuviera fuerza, podrian decir los propietarios de viñas que ellos pagaban el 80, el 90, el 100 por 100. Digo que este argumento es peregrino, porque cuando yo he hablado del derecho de exportacion para sumarlo con la tributacion directa de las fincas azucareras, no se me ha ocultado, ni se podia ocultar á ningun señor Diputado, que el azúcar paga luego que sale del mercado de la isla de Cuba, por consumos, en una proporcion análoga á lo que paga el vino de Arganda.

De manera que ese argumento en su integridad no se puede desvanecer por ese hecho de analogía, cuando la analogía demuestra que las fincas azucareras pagan el 27 por 100 y despues el azúcar tiene que pagar los derechos de consumos y todos los demás

gravámenes, como sucede con el vino de Arganda, con el de Valdepeñas y con todos los demás artículos de consumo. Pero hay además otra indicacion respecto al argumento que se deduce comparando el azúcar con el vino de Valdepeñas, y es, que segun la regla que se estableció en 1869 cuando se hizo la reforma arancelaria, y segun la práctica constante seguida desde 1849, siempre se ha contado con que podian existir artículos que por la índole especial de su consumo pudieran ser susceptibles de un impuesto elevado, para que produjeran cantidades de consideracion. Esto se ha hecho y se hace con algunos artículos, atendiendo á las razones que acabo de indicar y á otras condiciones que en realidad no concurren ni pueden concurrir en el ejemplo que yo he citado. Queda pues, íntegra la afirmacion de que la tributacion que en Cuba pesa sobre las fincas azucareras es de la cuantía que yo hube de señalar, sostener y defender en el día de ayer; queda, pues, bien claramente demostrado que el déficit del presupuesto resultará de deficiencia en los medios de produccion; déficit que no hay medio de cubrir por el aumento de la tributacion, pues que falta el elemento sobre que esa tributacion ha de recaer.

Veamos ahora cuál puede ser el déficit, si no es éste. ¿Existe déficit en el presupuesto de Cuba porque los gastos sean mayores que los ingresos? Pues hasta la salida del Gobierno del general Martinez Campos no se hizo en los gastos aumento de ningun género. Respecto de los ingresos he de decir que dentro de la tributacion establecida, que dentro de la rebaja de tributacion, lejos de haber déficit, tenia que haber sobrante, porque con sobrante se habia formulado el presupuesto de 4 de Abril, y con sobrante vino á quedar á pesar de las deducciones que son resultado y consecuencia del decreto de 11 de Julio. Ya ven los Sres. Diputados cómo hay una absoluta imposibilidad de que exista déficit, como no sea en el concepto primero, es decir, en el concepto de la falta de produccion; porque en el concepto segundo, acabo de demostrar que no es posible que exista déficit en el presupuesto de Cuba. Es más: el déficit en aquel presupuesto no existia tampoco, ni podia existir, sino por consecuencia de gastos verdaderamente extraordinarios que no habian figurado en ningun presupuesto; ni tampoco porque hubiera disminuido la recaudacion de las rentas, porque hasta el mes de Mayo del 79 iban recaudados 40 millones de duros, segun debe resultar de despachos telegráficos recibidos en el Ministerio de Ultramar y que yo no he inventado. Despues de aquella fecha el Ministerio de Ultramar tenia conocimiento por telégramas del presupuesto de gastos que habria de regir en el ejercicio de 1879-80 y de 1880-81. En esos balances del presupuesto, formados por aquellas mismas autoridades, los gastos quedaron reducidos á 38 millones de duros, y en esos 38 millones de duros estaban incluidas obligaciones generales que se habian de satisfacer en concepto de deuda por los empréstitos contratados. Y vean aquí los Sres. Diputados cómo se confirma lo que ayer apunté, de que si de esos 38 millones se conseguia rebajar la anualidad considerable que hay que satisfacer al Banco Hispano-Colonial, esos 38 millones quedaban reducidos á menor gasto; y como quiera que el presupuesto de ingresos se elevaba próximamente á 42 millones, habia más que sobrado para cubrir la disminucion que la reforma, tal como la proponia el Gobierno del general Martinez Campos,



de una manera inmediata, hubiera podido producir en el presupuesto de ingresos. Y no insisto más sobre esto por no fatigar con tanta repetición la atención de la Cámara.

Se ha hablado también de un déficit, me parece, de 20 millones de pesos. Ignoro cómo ha surgido ese déficit. En la fecha á que me he referido antes, las autoridades de la isla de Cuba, interrogadas por el señor Ministro de Ultramar para saber en el ejercicio corriente los atrasos que estaban pendientes de pago (nótese bien: en el ejercicio corriente), contestaron que se debían 3 millones de duros por obligaciones posteriores al corte de cuentas, y 500.000 pesos por obligaciones de un mes que no se habían satisfecho; y anunciaban que por el desarrollo que tendría la recaudación, porque la recaudación, por efecto del estado de desorganización de las dependencias públicas, no se practicaba con aquella rapidez con que debía practicarse, porque las dificultades de la exportación del azúcar habían creado grandes obstáculos para hacer efectivos ciertos impuestos, como el derecho de exportación, que debía haberse elevado á mayor suma, lo cual no se había podido lograr en razón á que la falta de extracción de los frutos lo hacía imposible; anunciaban, digo, que contaban con poder en un plazo breve, colocarse en condiciones de satisfacer todas las obligaciones sin considerable retraso. Aspirar á que no haya déficit después de las perturbaciones por que atraviesa un país en época de guerra, cuando aquí tenemos déficit y no sabemos cómo lo hemos de extirpar, no obstante que las condiciones en que el país se encuentra, por más que no esté en gran prosperidad, son muy diferentes de la isla de Cuba; aspirar á esto es aspirar á un imposible. Sin embargo, las dignísimas autoridades de Cuba creían que con dos años de reposo, que con dos años de reconstrucción de la riqueza (empleando el mismo vocablo que allí se usa en estos momentos), que con las medidas de apoyo y de protección que el Gobierno debía dictar para facilitar las transacciones mercantiles, para abrir mercados, para realizar en las condiciones más favorables los riquísimos productos de la isla de Cuba, con todos esos elementos, en dos años se alcanzaría una regularidad completa en la gestión de la Hacienda de aquellas provincias; y si bien aquellos descubiertos más crecidos que habían quedado al terminar la guerra, y sobre cuya verdadera entidad todavía hoy se disputa, si bien estos descubiertos habrían de satisfacerse por otras combinaciones, por otros medios que no fueran los de los ingresos regulares y ordinarios, todavía se podía entrar en condiciones normales.

Vino la guerra, se suscitó desgraciadamente el movimiento insurreccional. ¿Es que el Gobierno, cuando pensaba llevar á cabo las reformas económicas, creía que las obligaciones extraordinarias de la guerra las había de cubrir con el presupuesto ordinario? Pues eso hubiera sido un delirio, eso no lo ha pensado ni lo puede pensar nadie. Lo que había que hacer era, midiendo la importancia de las nuevas obligaciones extraordinarias y pensando en la posibilidad de que se reprodujera lo que hasta aquella fecha había tenido lugar, y que se reprodujera por la misma razón que antes, por soportar una gran parte de los gastos extraordinarios, y en algunas ocasiones la casi totalidad, con la recaudación de los tributos; lo que había que hacer era pensar en el modo y manera de levantar esa nueva carga de la guerra, para lo cual lo primero que

había que hacer era dar facilidades á la producción y establecer bases realizables para hacer efectivos los presupuestos, á fin de que á la sombra de ellas surgiera la confianza y la seguridad de alcanzar combinaciones con que atender á las obligaciones de carácter extraordinario. Y á todo esto, ¿existía la amenaza pavorosa del presupuesto indotado, del menoscabo del crédito y de que se vinieran á lastimar los intereses localizados en la Península y en el presupuesto? Pues nada más lejos de los propósitos del Gobierno; nada más lejos del propósito de los que creían que objeto enteramente contrario, realidad completamente distinta se obtenía por los medios y por los caminos que habían de someter á la consideración de las Cortes. Precisamente para impedir, para dificultar, para hacer imposible que en ningún tiempo ciertas obligaciones sagradas, ciertas obligaciones preferentes, ya que no sagradas, porque todas deben considerarse sagradas cuando se trata de créditos de esta especie, ciertas obligaciones que por efecto de las circunstancias podían calificarse de preferentes, para que no pudieran ser desatendidas, el Gobierno insistió, el Gobierno sostuvo y mantuvo constantemente el derecho de exportación, y cuando venía á verificarse la transformación del tributo para convertir como compensación ó sistema de perfección, que así le llamaba el proyecto, la contribución directa de las fincas azucareras en el derecho de exportación, lo que hacía era realizar un procedimiento en cuya virtud se mantuviese íntegro el producto de la renta de aduanas, la responsabilidad de los compromisos contraídos, y que nadie pudiera tener asomo de duda acerca de la efectividad de esas obligaciones, de esos contratos, de que se habían de satisfacer los débitos por el concepto que en ellos estaba representado. Así, pues, en el conjunto de medidas que el Gobierno se proponía llevar á cabo, lo que imperaba, lo que descollaba, lo que descuella, á mi entender, era el alejar por todos los caminos posibles, por los caminos de la realidad y de la verdad, el conflicto, el temor de que sobre los ingresos de la Península pesaran obligaciones que hasta entonces habían venido afectas y debían estar afectas á los ingresos de Cuba.

Y aquí no quiero yo molestar al Congreso con la exposición de mis opiniones particulares respecto á la manera que yo tengo de comprender lo que es la Hacienda pública en sus relaciones con las provincias de Ultramar. Este ha sido un punto en el que también he tenido el profundísimo disgusto de no poderme hallar de acuerdo con mi dignísimo amigo el respetable señor Marqués de Orovió, por más que haya habido otros señores Ministros de Hacienda en los que predominaba la idea que yo sustenté, y que he aprendido en muchos notables trabajos que radican en las oficinas públicas, para corroborar la bondad de la opinión que yo profeso, apoyado además en un conjunto de hechos, de prácticas administrativas que todas ellas están justificándola á cada paso y á cada momento. Pero esto no es de la ocasión presente, y á mí me basta con haber probado, en mi sentir, que el déficit de 20 millones de duros me es absolutamente incomprensible según los datos de que yo pude disponer hasta mi salida del Ministerio de Ultramar.

Aun concediendo á los gastos extraordinarios de la guerra una cantidad mensual que no baje de 800.000 pesos, todavía en el tiempo que ha transcurrido desde 1.º de Julio hasta la fecha es absolutamente imposible que el déficit de 20 millones se haya podido



producir; y la verdad es, señores, y esto es de toda evidencia, que si hay un déficit de 20 millones de duros en el presupuesto de la isla de Cuba, entonces no hay manera de atender á ningun género de gastos por la fuerza contributiva de aquel país. ¿Por qué? Porque eso revela que no se ha hecho efectiva una mitad del presupuesto; de otra manera es absolutamente imposible que pueda existir ese déficit. Pero en fin, esto seguramente nos lo demostrarán de una manera cumplida los dignísimos individuos que forman parte del Gabinete. Lo que yo no me acierto á explicar bien, es cómo habiéndose llevado por el Ministro de Ultramar del Gabinete presidido por el general Martínez Campos al seno del Consejo de Ministros el pró y el contra de todas las reformas que se hicieron hasta el 11 de Julio de 1879, cómo á todos los que entonces formábamos parte del Ministerio no nos ha de alcanzar la responsabilidad de actos en que hemos tomado todos parte de comun acuerdo. Yo creo firmemente que esta responsabilidad no se puede disgregar, que es de la totalidad del Gobierno; y creo más, creo y sostengo que todos aquellos actos están perfectamente justificados, están perfectamente sancionados y apoyados en la série de hechos, de datos y de antecedentes relativos á este asunto.

Y á propósito de antecedentes, creo que tambien se me ha inculcado porque no he dejado antecedentes de ninguna clase en el Ministerio de Ultramar acerca de las reformas económicas. Confieso que para mí esto ha sido causa, motivo y fundamento de no pequeño asombro. Yo, señores, no me he llevado antecedentes ningunos del Ministerio de Ultramar respecto á las reformas económicas; por no llevarme, ni siquiera el papel de que se halla en posesion mi digno amigo el Sr. Ministro de Hacienda. No; y la razon es muy sencilla; ya la expuse ayer aquí. Señores, si ese papel no es más que el reflejo, la reproduccion del informe de la Junta de Diputados, Senadores y contribuyentes de la isla de Cuba, y ese informe está impreso y publicado en la *Gaceta*; ¿qué más antecedentes? Porque esos mismos señores no procedieron así tan de rutina, tan de ligero. Esos señores, de cuya ilustracion y de cuyos conocimientos nadie puede dudar, hallándose al frente de la Junta una persona tan práctica, tan entendida y de tanto seso como el capitan general D. Joaquin Jovellar, formando parte de esa Junta dignísimos funcionarios públicos, formando parte de esa Junta hombres conocedores de la isla de Cuba en todos sus detalles, en todos sus pormenores, como militares, como administradores, como jurisconsultos, como propietarios, como comerciantes; esos señores en sus propias personas, en sus propios datos ¿no llevaban consigo una suma de antecedentes mayor que cuantos antecedentes y datos pueda haber en cualquier expediente que se imagine dentro del sistema más ó ménos enredado de la burocracia? Pues, sin embargo, esos señores no procedieron por su propia inspiracion y por sus propios datos; esos señores reunieron todos los que habia en el Ministerio de Hacienda y en el de Ultramar, datos y antecedentes que arrancan desde fecha muy remota, anteriores hasta á la Junta de informacion de 1866, incluso esos datos de 1866, extremadamente curiosos, porque fueron consecuencia de un interrogatorio muy meditado y de debates y deliberaciones por todo extremo interesantes, aun cuando no todos estén conformes con las opiniones que allí predominaron; pero eso no se opone á la ilustracion, á la copia de datos y de

antecedentes con que se llevaron á cabo esos trabajos.

Habia antecedentes en un expediente del Ministerio de Hacienda, en el cual (perdone el Congreso que moleste tanto su atencion) (*Muchos Sres. Diputados*: No, no) pero tengo necesidad de defenderme: yo pondria á cualquiera de mis compañeros que han tomado parte en los trabajos que estoy refiriendo, lo pondria en este banco, á ver si no sentia la dura pero imprescindible necesidad de refutar ciertas imputaciones que se me han dirigido); habia un expediente en el Ministerio de Hacienda, en el que se discute ámpliamente la cuestion de las reformas económicas de las provincias de Ultramar, y hago memoria de que en él no se quiere que se toque al arca santa de los ingresos del presupuesto de la Península; que no se sacrifique nada en favor del comercio de la isla de Cuba en las relaciones mercantiles que tiene con la Península; pero en cambio, combatiendo con muy buenas y poderosas razones, con razones de gran peso, el derecho de exportacion, y sosteniendo, como yo sostengo, que no puede existir contribucion directa y derecho de exportacion; sosteniendo esto, dice: en la isla de Cuba lo que se debe hacer es suprimir el derecho de exportacion, ello es un sacrificio, pero es necesario hacerlo; no hay más sino que ese sacrificio representaba en la isla de Cuba la suma de 6 millones de pesos, mientras que los sacrificios que se pedian al presupuesto de la Península eran bastante menores; no digo cifras porque no quiero establecer antagonismos; me limito á la defensa, no quiero dirigir ataque ninguno.

Tambien creo yo que se ha dicho, ó que se ha pensado en los peligros que entrañaban los proyectos del Ministerio del general Martínez Campos respecto á algunas provincias de la parte oriental de la Península. Se ha creido que la industria catalana podria sufrir á consecuencia de las medidas que se proponia llevar á cabo el Ministerio del general Martínez Campos.

Señores Diputados, con solo considerar cuál era la persona que estaba al frente de aquel Ministerio, apasionada por las provincias catalanas; con solo recordar que yo me he criado en Cataluña, y sin tener, porque no tengo pasion á ninguna que me subordine hasta el punto de sugerirme ideas completamente parciales en favor de tal ó cual localidad, de tal ó cual provincia, sino procurando sostener siempre desapasionadamente los intereses de todas; si yo hubiera de tener alguna pasion ó alguna predileccion, dicho se está que seria por Cataluña: pues bien, con solo considerar todo eso, ¿puede haber nadie que crea que el general Martínez Campos hubiera aceptado del Ministro de Ultramar pensamiento alguno de reformas que no fuera encaminado de una manera directa á favorecer todos los intereses peninsulares de acuerdo con los intereses de Ultramar? ¿Cree nadie que el Presidente del Consejo hubiera aceptado lo propuesto por la Junta de informacion, si esa propuesta habia de reflejar un perjuicio directo, conocido, inmediato é indudable, para el comercio de las provincias catalanas? Esto nadie lo podria creer. Además, el pensamiento, lejos de perjudicarlas, las favorecia. Cójanse las estadísticas mercantiles, véase en qué consiste la exportacion de los frutos procedentes de la Península para la isla de Cuba, y se verá si con las reformas propuestas, si con los cambios de productos sin derechos podia ó no perjudicarse la industria catalana. De manera que en lo esencial el pensamiento que se habia concebido tenia tendencias enteramente contrarias á las que se le atribuyen: no habia en modo



alguno idea de inferir perjuicio ninguno á esas provincias que yo estimo, que yo admiro, que yo envidio.

La forma en que se habia de dispensar esta suma de beneficios para esas provincias á las que se suponía que se quería amenazar, se descubre perfectamente con solo recordar las peticiones con que los navieros catalanes, con que las corporaciones de diversas provincias han venido solicitando, con más extension que la que el Gobierno habia de conceder, el comercio sin derechos con las provincias de Ultramar. De manera que aquí tenemos que venir á esta conclusion: todos los que han solicitado las reformas económicas en el orden de ideas, en el sentido, en la direccion que trataba de imprimirles el Ministerio del general Martinez Campos, todos están equivocados; el Ministerio del general Martinez Campos estaba equivocado tambien: solo tienen razon los que opinan en un sentido enteramente contrario y creen que con las reformas meditadas, que con las reformas proyectadas se iban á comprometer grandemente los intereses industriales y comerciales de España. Pues yo protesto contra esa aseveracion de una manera enérgica, de una manera completa, de una manera rotunda, y afirmo que nosotros jamás hubiéramos llevado á cabo ninguna reforma que hubiera podido inferir perjuicio (contra lo que se habia solicitado una y mil veces por los navieros, por los armadores, por los comerciantes, por los industriales) á las provincias que tenían interés en favorecer la importacion en Cuba; que no hubiéramos llevado á cabo ninguna reforma que en lo más mínimo hubiera podido comprometer la importacion que hoy se hace de los productos de aquellas provincias. La razon es muy clara: el objeto fundamental de nuestro sistema, la economía de las reformas estaba, y no podia ménos de estar, en desarrollar las relaciones comerciales. ¡Cómo las habíamos de destruir! Si tenemos hoy una exportacion de 80, ó de 70, ó de 60 millones, pero al fin un término medio de setenta y tantos millones de pesetas, ¿cómo íbamos á hacer una combinacion tan ingeniosa, tan bien entendida que con ella fuéramos á anular, fuéramos á destruir esa exportacion? Pues todos los pensamientos que nosotros abrigábamos estaban encaminados á la realizacion de un hecho enteramente contrario á lo que pudiera ser un peligro para nadie, como se ha dicho por algunos, segun he oido, porque no he tenido ocasion de asistir á estas discusiones ni he podido enterarme de ellas por medio de la prensa á causa del estado de mi salud, y real y verdaderamente es posible que en algun punto esté yo completamente equivocado.

Voy á concluir, no solo porque me faltan ya las fuerzas, sino porque me falta tambien ánimo para agotar la paciencia con que me estais escuchando.

Yo, en suma, creo dejar probado cuál fué el verdadero origen de la crisis en el mes de Diciembre; creo dejar probado cuál fué el verdadero carácter, la índole, la naturaleza esencial y tambien el origen de las reformas económicas que sirvieron de punto de partida para que pudiera verificarse la crisis; creo haber demostrado tambien que en la conducta que yo he seguido como Ministro de Ultramar, al apoyar esas reformas económicas, no ha habido ninguna novedad, no ha habido nada que no debiera haberse previsto por todo el mundo desde el punto y hora en que yo entré á servir la cartera de Ultramar; de manera que, si al tratarse de las reformas económicas, el Ministro de Ultramar no lograba, como no logró, hacer prevalecer

sus opiniones, claro está que en estas opiniones no habia surgido nada que tuviera el carácter de novedad necesaria para justificar ni determinar la disgregacion del Ministerio. ¿Por qué? Porque desde el momento en que la persona á que me refiero habia entrado á desempeñar la cartera de Ultramar, era conocido ya, si no la mayor ó menor graduacion, lo esencial de esas reformas.

Es posible que yo me quede completamente solo en esta ocasion, como en algunas otras, en lo relativo á las reformas económicas de las provincias de Ultramar; es posible que yo esté en un error; es posible que en esta ocasion, tan solemne para mí, no haya acertado á expresar mis ideas con aquella claridad que estaba en mis intenciones; pero no puedo ménos de defender al general Martinez Campos, aun cuando no necesita de mi defensa, para afirmar y exponer que ni una sola vez el general Martinez Campos vaciló en la necesidad, en la utilidad, en la conveniencia, en la ineludible conveniencia de que las reformas económicas se llevasen á cabo en los términos que habia propuesto la Junta informadora. Yo no sé lo que á ese pensamiento tendrán reservado los sucesos futuros; repito que es muy posible que yo me quede solo, que es muy posible que no me acompañe nadie en el error, si es que lo profeso; pero al sentarme en este banco y al resignarme á oír que se impugne todo lo que constituya la base y fundamento de lo que entendia el Ministerio del general Martinez Campos que era la política económica que se habia de seguir en la isla de Cuba, yo continuaré y continuaré en la inquebrantada é inquebrantable conviccion de que aconsejé y propuse en el Consejo de Ministros lo que entendia que era más provechoso para la unidad de la Monarquía, para el mejor servicio del Rey, para todos los intereses conciliados de la Pátria y que en definitiva, tal como yo proponia la cuestion, lo que podia y debia resultar, segun mi leal saber y entender, era la prosperidad y la ventura de los habitantes, mis compatriotas, de allende y aquende los mares. (*Muy bien.*)

## RECTIFICACIONES.

El Sr. **ALBACETE**: No tengo real y verdaderamente que exponer por qué causa y motivo carezco de fundamento en que apoyar una rectificacion á nada, absolutamente á nada de lo que he dicho, por la razon sencillísima de que el Sr. Marqués de Orovio, mi digno amigo, me parece que no ha contestado á ninguna de las afirmaciones que yo hice en la tarde de ayer, que he reproducido hoy, y que he ampliado sobre todos aquellos puntos y hechos en que se funda la alusion de que habia sido objeto. Unicamente S. S. nos ha leido lo que dice un autor francés á quien conozco personalmente, respecto de lo que se debia entender por derechos de exportacion, demostrando que los pagaban los compradores; y al oír á S. S. se me ocurria habia de rectificar en este sentido, en el de que yo no habia hablado de los derechos de exportacion tal y como los trata ese autor francés, ni en la condicional á que ese autor se refiere; porque precisamente en la condicional á que ese autor se refiere está contestado el Sr. Marqués de Orovio en lo que ha dicho respecto á la renta de los azúcares y á los precios de ese artículo á su llegada á los mercados de los Estados Unidos y de Inglaterra.



En esta cuestion, señores, en la cual puedo estar equivocado, es de desear que se combata la sustancia de lo que yo he sostenido, y que no se parta de premisas para deducir consecuencias que real y verdaderamente están á merced del que ha supuesto esas premisas preestablecidas, sin tener en cuenta la manera con que habia sentado esas premisas el que le habia precedido en el uso de la palabra, al sostener su tesis. Yo rogaria á los Sres. Diputados que se fijasen en las condiciones especiales de la produccion del azúcar en Cuba, y que consideren que el precio no se establece por los productores del azúcar, ni con relacion á lo que presupone el autor francés; que ese precio resulta de un orden de operaciones mercantiles que dependen de los mercados de América y Europa, precisamente en un orden inverso al procedimiento que supone ese escritor francés.

Respecto á azúcares no es el productor, es el consumidor el que impone la ley; por cuya razon bien pudiera decirse que tratándose de este producto sucede hasta cierto punto lo que ocurre con la plata y el oro; tienen un precio general en el mercado, no le fijan los productores, sino que éstos tienen que sucumbir á las exigencias de los consumidores, lo cual no sucede en los casos que ha supuesto el autor francés. Y respecto de este punto apelo al testimonio de todos los que conocen aquel país, de todos los que saben cómo allí se hacen estos negocios, y cómo se hace el comercio y la venta de azúcar, para que me digan si no es verdad, si no es cosa corriente allí que el derecho de exportacion influye de una manera directa sobre el producto del azúcar. Y si no fuera esto así, ¿por qué de una manera constante y enérgica se ha venido siempre pretendiendo que desaparecieran los derechos de exportacion? Ya sé yo que para esa peticion habria otra porcion de concausas, de las cuales no quiero hablar, no solo porque el Reglamento no me lo permite, sino porque el espíritu patriótico que me inspira no me permite hablar de otras razones de esa pretension; ya sé yo, digo, que hay otras concausas; pero tomando en esa pretension lo que tiene de recta y de bien intencionada, no puede negarse que constantemente se ha venido pidiendo la reduccion ó supresion de los derechos de exportacion, porque afectaba ó hacia imposible la produccion. Y para que no quede duda respecto de este particular, bien claro dijeron los hacendados, y así consta en el Ministerio de Ultramar, que querian la supresion de los derechos de exportacion, y si esto no era posible, su reduccion á la mitad, ó sea al 50 por 100. Esta fué la primera peticion que dirigieron al dignísimo general Marqués de Peña-Plata á poco de haber tomado el mando superior de la isla, y no creo que esto se me pueda negar, porque si se me niega, habrá que negar tambien que yo he visto esos telegramas que deben radicar en el Ministerio de Ultramar.

Pues bien; ¿qué sucedió con el que era Ministro de Ultramar á la sazón, y allí están tambien los telegramas? Pues sucedió que el Ministro de Ultramar, de acuerdo siempre con la enérgica resistencia que á la supresion de los derechos de exportacion habia manifestado el general Martínez Campos, dijo al gobernador general de Cuba que de ninguna manera contara con la posibilidad de una modificacion en los impuestos de aduanas. Yo he sostenido aquí, y sin duda debo de haberme expresado muy mal, cuando el Sr. Marqués de Orovio no me ha entendido; yo he sostenido

ayer y hoy, y lo repito ahora, que ninguna reforma, ninguna modificacion cabia hacer en los aranceles de Cuba, ni en los derechos de exportacion, en tanto que no se hiciese la rescision del contrato hecho con el Banco Hispano-Colonial, rescision que claro es no habia de hacerse sino de una manera provechosa para el país, porque de otro modo no habia para qué. Hecha, pues, esa rescision que se creia absolutamente indispensable, podian ser una verdad todos los cálculos formulados en el presupuesto; pero no haciéndola, era preciso mantener todos los productos del impuesto de aduanas y sostener los derechos de exportacion. Por eso se dijo al gobernador general de Cuba que no contara con la posibilidad de que pudiera acordarse la supresion ni la rebaja del 50 por 100.

¿Y qué se hizo? Accediendo á las reiteradas instancias del gobernador general, y atendiendo á poderosísimas razones de interés político y público que aconsejaban la disminucion de los tributos, no por ninguno de los supuestos ó propósitos á que se ha referido mi digno amigo el Sr. Marqués de Orovio, sino por una imposibilidad real y efectiva de realizarlos, se le dijo que podria substituirse como forma de percepcion más fácil y hacedera, la del derecho de exportacion mantenido en la integridad de 4 millones de pesos sobre el azúcar, á cambio de reducir la contribucion directa al 2 por 100, teniendo en cuenta que lo que se le pedia al Gobierno era la supresion absoluta de la exportacion. No cito números porque no tengo aquí los datos; pero tengo la certeza de que cuanto afirmo está comprobado por los antecedentes que están en el Ministerio de Ultramar. Las cosas han pasado en los términos y de la manera y modo que acabo de exponer. Así, pues, contra la opinion, que yo respeto mucho, del Sr. Marqués de Orovio, es evidente que en las condiciones especialísimas de la produccion de la isla de Cuba, la coexistencia del derecho de exportacion y de la contribucion directa no puede sostenerse; y si se ha sostenido en algun tiempo por razones y causas extraordinarias que, como decia perfectamente el Sr. Argumosa, imponen el tristísimo deber de satisfacer las cargas públicas con las economías, yo sostengo que por esa misma razon, que por ese mismo carácter extraordinario, que por ese mismo efecto excepcional de los tributos y de los impuestos, hoy es imposible la coexistencia de esos dos tributos.

Se ha citado aquí el impuesto sobre los minerales y sobre los corchos. Señores, á la ilustracion de los señores Diputados dejo que aprecien la analogía que pueda haber entre el impuesto de los minerales y de los corchos y el del azúcar de la isla de Cuba.

Esto era lo que más interés tenia en rectificar; pero hay otro punto acerca del cual he pedido la palabra al oír decir que en Consejo de Ministros el general Martínez Campos no habló nunca de cabotaje. Yo no puedo poner en duda la buena fé y la recta intencion con que el Sr. Orovio ha podido hacer y hace esa afirmacion; pero lo que yo puedo asegurar es que desde el momento, que antes de llegar á traer esa cuestion al Consejo de Ministros, desde que se dió conocimiento y lectura por mí de los informes de la Comision que fué creada para dar dictámen sobre estas reformas económicas, desde ese momento no cabia duda de cuál era el verdadero propósito, plan y sistema y objetivo, como dicen algunos, del general Martínez Campos. Hay más. Pido y encarezco que se tenga muy en cuenta que en el proyecto de reformas económicas



de Ultramar no se ha pensado sino en el cambio de productos de la isla de Cuba por productos de la Península libres de derechos, siguiendo exactamente la fórmula, idéntica hasta en los términos de redacción, al proyecto de bases para la reforma de aranceles del año 63, y á los que hoy están en vigor en Filipinas. Esto dije ayer, esto digo hoy, y de esta distinción que en una forma más técnica y más precisa resulta del texto de esos proyectos y de esas disposiciones á que me he referido, se deduce y se explica lo que entendía el general Martínez Campos por casi-cabotaje. Vea el Sr. Ministro de Hacienda como de esta manera está perfectamente probado y demostrado que el general Martínez Campos nunca abandonó la idea que había enunciado de una manera más ó menos completa, pero fundamentalmente clara, en sus comunicaciones al Gobierno, en dos cosas esenciales: la una, la rebaja de la contribución directa, sobre todo en las fincas azucareras; y la otra, la que él llamaba el casi-cabotaje, esto es, el que se cambiaran los productos peninsulares conducidos en bandera española á la isla de Cuba, sin gravámen en las aduanas; y vice-versa, que los productos de la isla de Cuba pasaran por las aduanas de la Península sin tributación ninguna.

Esta era la esencia del pensamiento del general Martínez Campos; esta era en definitiva la opinión que yo había sostenido aquí mucho antes que como Ministro de Ultramar hubiera de mantenerla en el Consejo.

Queda, pues, sentado qué es lo que el general Martínez Campos ha sostenido de una manera completa, á mi entender, y qué es lo que debe entenderse también por lo que el general Martínez Campos calificaba de casi-cabotaje.

En lo demás, no tengo que hacer ninguna rectificación, porque el Sr. Marqués de Orovio no ha contestado á ninguno de los puntos esenciales de mi discurso. Solo me permitiré llamar la atención de S. S. sobre la pequeña divergencia (no pequeña, es de consideración), sobre la extraña divergencia que resulta entre lo que mi memoria recuerda con relación á datos oficiales que he consultado respecto del déficit mucho antes de salir del Ministerio de Ultramar, en el mes de Junio ó Julio, y lo que el Sr. Marqués de Orovio ha afirmado aquí respecto de esa cuestión. Debo atribuirlo (no se lo imputo á S. S.) á inexactas noticias que han sido comunicadas de Cuba; pero respecto de la exactitud de los datos, creo que en el Ministerio de Ultramar debe haber los suficientes, porque ya he indicado esta tarde que, según los datos oficiales que yo consulté en esa fecha, por fin de Mayo había recaudados 39 millones de pesos, y no la cantidad á que se ha referido el Sr. Orovio.

El Sr. **ALBACETE**: Yo sentiría mucho que el señor Marqués de Orovio se hubiera ofendido porque he supuesto que no había dado contestación á la generalidad de los argumentos que yo había aducido aquí para explicar y defender la conducta del Gobierno de que había tenido la honra de formar parte. No me he propuesto lastimar de modo alguno á S. S.; pero sí me interesaba exponer la íntima convicción que abrigo de que todos los particulares acerca de los cuales yo había

razonado en el día de ayer y en el de hoy para justificar la conducta seguida por el Gobierno, no habían sido impugnados de una manera completa, de una manera decisiva, ni siquiera puntualizada, por parte del Sr. Marqués de Orovio. Al contrario, S. S. me parece que empezó su discurso por decir que se hallaba de acuerdo conmigo: si yo no he oído mal, eso es lo que ha dicho S. S.: pues cuando dos están de acuerdo, claro es que uno no impugna lo que el otro ha expuesto, claro es que no le molesta; de modo que en este sentido yo no he podido lastimar ni dirigir cargo alguno ni inferir agravio de ninguna clase á la persona del Sr. Marqués de Orovio, para que S. S. creyera que era una especie de habilidad que empleaba yo en la discusión. No, señores; lo que yo hice ayer, lo que he hecho hoy, lo que haré siempre, ha sido exponer sencilla y lealmente los hechos, y no había para qué ni por qué hiciese yo modificación alguna en mis opiniones, puesto que donde no había impugnación no cabía la defensa.

Respeto mucho el concepto que S. S. tiene de los derechos de exportación; pero creo que de ese concepto no participarán muchos en la Cámara, ni de seguro la mayoría de los productores, ni S. S. mismo en algunas ocasiones dentro de su Ministerio encontrará apoyo suficiente para sostener los derechos de exportación, sobre todo cuando se trata de imponerlos sobre un artículo que constituye lo esencial de la producción de la finca rústica que va á tributar de una manera directa, y no cuando se trata de manifestaciones de riqueza independientes de aquella que constituye la tributación directa, y que se gravan de distinto modo cuando se manifiestan de otra manera, como sucede en la explotación de las minas con los minerales.

Yo no he de hacer aquí una disertación sobre economía política ni sobre asuntos que saben mejor que yo todos los Sres. Diputados, y me limito á sostener y defender que, dadas las condiciones de la propiedad rústica en Cuba, y de los impuestos que pesan sobre ella de una manera perpétua cuando se ha combatido en todos los terrenos el derecho de exportación, un tributo que representaba en Cuba, reflejándose sobre el reproductor, un 62 por 100, es insostenible de una manera perpétua, y era necesario considerarle como un recurso extraordinario, del cual era indispensable prescindir desde el momento en que se decía que esa forma de tributación era insostenible en los términos inconexos en que se solicitaba, y cuando se concluía por pedir, no solo la supresión de los derechos de exportación, sino también la rebaja de la contribución. Pues bien; el Gobierno del general Martínez Campos, y en esto han estado de acuerdo el Sr. Marqués de Orovio y el que tiene la honra de dirigirse en este momento al Congreso, consideró que como medio de percepción actual, además de la circunstancia de que la tributación directa en la isla de Cuba es sobre la renta, como forma más clara, más precisa, más expedita de hacer efectivo el tributo, lo que convenía era sostener el derecho de exportación sobre el azúcar y prescindir de la contribución directa por lo menos en la cantidad del 25, del 21 ó del 16 por 100.

El Sr. **ALBACETE**: El Congreso habrá observado



que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

sobre todo cuando tienen el apoyo de los que más los conocen, de los que mejor los pueden apreciar, como son las dignísimas autoridades y los dignísimos representantes de aquella isla) me he limitado a exponer que consideraba como más ventajoso este sistema de percepción, dado que la tributación en el concepto genérico de ella era insostenible.

Imprenta de Manuel Perez Montoya y Compañía, Caños, 1.

que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

que yo no he sostenido, bajo el punto de vista meramente científico, ni la calificación que se pudiera dar al impuesto en Cuba sustituyendo el derecho de exportación a la contribución directa, ni nada que se le parezca, y esto es lo que ha merecido las censuras del Sr. Marqués de Orovio. Ya he expuesto ayer y hoy, y lo repetiré siempre que sea necesario, que por razones especialísimas de conveniencia (que no se han combatido, porque es difícil combatir esta clase de hechos,

El Sr. ALBACHETE: El Congreso había observado

C.B.: 6000000056605

FEV-AV-CAJAS-02862







